

1267

**LA CRISIS DE LA
SOCIALDEMOCRACIA
Y LA CRISIS
DE TOULOUSE**

A manera de prólogo político	3
<i>Documento 1</i>	
Artículo de José Cardona publicado en <i>Nuestra Bandera</i>	5
<i>Documento 2</i>	
Artículo anónimo publicado en <i>Le Socialiste</i> (No. 250, 20 oct. 1966) contra José Cardona	15
<i>Documento 3</i>	
Carta de Carlos Hernández Zancajo a José Cardona	19
<i>Documento 4</i>	
Contestación de José Cardona a Carlos Hernández Zancajo	23
<i>Documento 5</i>	
Contestación de José Cardona a <i>Le Socialiste</i> , secuestrada "demo- cráticamente" por <i>Le Socialiste</i>	25

Un grupo de socialistas, socialistas de carne y hueso, exentos de toda claudicación, hemos creído conveniente dar a la publicidad los documentos que aquí recogen. Huelga decir que nada tenemos que ver con la disciplina política ni sindical de Toulouse, quienes por avatares de las circunstancias parecen destinados a dislocar los emblemas del PSOE. Hubiéramos preferido que la polémica girase alrededor de una interpretación dialéctica de los acontecimientos históricos concernientes a España que, dejados en la mano del generalísimo le cupo el honor de deshonrarlos.

Pero la historia es así. De igual modo que las Pirámides de Egipto se levantaron sobre las sangrientas espaldas de los esclavos del Faraón, la tragedia española se viene desarrollando bajo la tiranía de una denominación berberisca —que diría nuestro compañero Araquistáin— en tanto que una zona, llamada asimismo de oposición al régimen, está cayendo dentro de las mismas aberraciones contraídas por el despotismo caudillal.

Como dijo Leibniz, "cada cosa es lo que ella es". Y el binomio de Toulouse cuya dirección político-sindical ha venido siendo acatada sumisamente durante un largo periodo de veinte años, se ha mostrado tal cual es. Al verse contrariados en su dulce euforia por la oposición de elementos inconformes ha recurrido, a la usanza franquista, a la aniquilación "in misericorde" de sus oponentes. Este es el caso actual, en el que la víctima propiciatoria se llama José Cardona, Vicepresidente de la UGT en Ginebra.

Si ello constituyera solamente un caso aislado, el planteamiento de la cuestión hubiera contenido diferente estructura. Pero no es así. La condición incalificable de una política, con mentalidad enana, basada en la soplonería delatora, la posee el binomio de Toulouse desde sus orígenes y es consustancial con su condición moral. Lo recuerdan todavía los compañeros que pasaron por Orán, los que hace varios años, con ocasión de cierto Congreso, la percibieron palpablemente en Francia, la que se hizo contra el compañero Eustaquio Cañas, denunciándole a la Defensa Territorial Francesa, las amenazas chantagistas recién vertidas contra la representación del Comité Nacional de la UGT, en París, para desembarcar en la "infame denuncia" realizada contra nuestro amigo y compañero socialista José Cardona, eje de la cuestión en este abanico documental, al enviar a su empleador (patrono) una carta foto-copia del artículo repriminado, con el propósito de que lo despidieran de su trabajo.

No se trata pues de un acontecimiento vulgar. Estamos ante un caso verdaderamente grave, sobre cuya peligrosidad advertimos a todas las or-

ganizaciones antifranquistas, ya que el foco de infección se abre radialmente, cada vez con mayor alcance. Así, la organización consentida de Toulouse —organismo "mater"— ha presenciado impasible la disolución de sus Juventudes Socialistas, en tanto que, convertida en probeta política, sus resultados no arrojan otro balance mejor que la conversión de determinados elementos en probados franquistas a la mayor gloria del generálísimo.

Léanse con detenimiento las siguientes páginas. Conviene a los socialistas de verdad, sea cual fuere su pensamiento político, una meditación profunda y reflexiva que nos conduzca decisivamente a la salvación del PSOE, —que, como más adelante se expresa, viene deslizándose, sin pena ni gloria, hacia las profundidades abismales de su destrucción.

DOCUMENTO 1

Artículo de José Cardona publicado en *Nuestra Bandera*

EN EL NUMERO 44-45 de *Nuestra Bandera* (mayo-junio de 1965), Santiago Alvarez desarrolla algunos puntos de lo que considero debiera ser un diálogo constructivo («Notas críticas sobre la posición de la socialdemocracia», pp. 45-55). En efecto, sólo el desfase de que dan pruebas unos hombres que sobreponen su egoísmo personal a los intereses legítimos de la clase trabajadora española y de su propio país puede explicar, sin justificarla, la ceguera que les anima al rehusar todo contacto con un partido que, quiérase o no, representa las aspiraciones de un amplio sector de la misma clase que pretenden encarnar. Los socialistas españoles que hemos nacido a la vida política después de la guerra civil, y que nos enfrentamos con una hipoteca que la dictadura ha sido incapaz de levantar, nos preguntamos angustiados si es posible plantearse una alternativa democrática, no ya socialista, sin la participación del PCE.

LAS NOTAS CRITICAS de Santiago Alvarez a que aludía revisten para muchos de nosotros un gran interés. Diré incluso que, si cabe, nos atañen más de cerca a nosotros que al propio PC. Cuando estamos cansados, más que acostumbrados, de oír los reproches estériles que siguen alimentando un sector del exilio, identificándose, por la fuerza de las cosas, con la causa de los opresores, y exigiendo de los otros una conducta ejemplar que se está lejos de adoptar para sí, llega un momento en que la autocrítica debe empezar a abrirse paso, si queremos que también ésta sea la pauta de los otros.

NO ES PRECISO remontar a la tragedia española para comprender los errores de la socialdemocracia. Lo que nos sorprende en el trabajo de Santiago Alvarez es la medida de que hace gala, tal vez por estar acostumbrados a las imprecaciones desprovistas de objetividad y del menor carácter histórico y científico que animan a los de la otra barrera. La tesis simplista del cisma de 1921 no nos satisface, además de que su anacronismo evidente deja indiferentes a las nuevas generaciones. Resulta demasiado fácil llegar a las soluciones que se desean una vez que se poseen las claves del problema y máxime cuando éstas se aplican al antojo de los maestros. Pero el hecho histórico irrefutable es que en 1917, el partido bolchevique ruso realiza el primer experimento marxista de revolución social que conocemos y que casi cincuenta años después, la revolución sigue vigente. La Unión Soviética está construyendo el socialismo, y los fundamentos del régimen siguen intactos, nos referimos a la propiedad colectiva de los medios de producción y a la abolición de la sociedad de

clases. Frente a esta realidad insoslayable, el balance que nos ofrece la socialdemocracia es negativo.

EN EFECTO, el experimento socialdemócrata que se nos presenta como ejemplar, el de los países escandinavos, demuestra precisamente la incapacidad de la socialdemocracia en construir el socialismo. Se trata de países ejemplares en todos los aspectos, por sus tradiciones democráticas, por lo reducido de su superficie, por la inexistencia de desigualdades económicas de estilo feudal, como era el caso de la Rusia zarista y como es el de la propia España, por la ausencia de latifundistas, por lo equilibrado de su diferenciación social, por su industrialización avanzada (especialmente en Suecia), etc. Es decir, que los partidos socialistas, de no haber caído en el reformismo, de no haber renunciado al principio marxista de la lucha de clases, de no haberse adaptado al capitalismo nacional, de no haberse convertido en aliados objetivos del capitalismo internacional, se hallaban en condiciones óptimas de construir el socialismo. Después de una experiencia histórica muy aproximada en el tiempo a la de la Unión Soviética, se encuentran hoy más alejados que ésta de sus objetivos, y lo que es más importante para nosotros, se trata de un «alejamiento» de orden cualitativo, y no sólo cuantitativo. Hemos oído decir que si el avance soviético era de carácter «económico», el escandinavo lo era «político», entendiéndolo por éste el de libertades políticas. Sin embargo, nosotros pensamos que las libertades políticas tal como se entienden a menudo en el régimen de propiedad capitalista, son más aparentes que reales, y que la igualdad ante la ley es imposible mientras subsista el sistema de desigualdades económicas. Por otra parte, es sabido que democracia e industrialización van íntimamente unidas, por lo que el retraso político es consecuencia del atraso económico, y no inherente al sistema social de los países comunistas, como se ha pretendido hacer creer. La diferencia cualitativa de la socialdemocracia consiste precisamente en que ha demostrado su incapacidad en superar la etapa democrático-burguesa de ejercicio del poder, convirtiéndose finalmente en administradora de los bienes e intereses del capitalismo.

PARA NOSOTROS NO EXISTE, ni puede existir, contradicción entre socialismo y libertad, por lo que no aceptamos, en lo que nos atañe, el calificativo de «socialdemócratas» que otros tienen tanto interés en adoptar, como si el socialismo necesitara muletas para poder andar. Nosotros seguimos pensando, con Pablo Iglesias, el fundador del PSOE, que la emancipación de los trabajadores es sobre todo de índole económica, y que «las libertades políticas, que tanto alaban y ponen en las nubes los órganos de los partidos avanzados burgueses, no serán jamás una verdad para el obrero en el sistema capitalista». Estas libertades recobrarán su verdadero sentido, precisamente en el régimen socialista. Se trata por lo tanto de conquistarlas, y no pensamos que se progrese adaptándose al capitalismo oportunamente, es decir, revisándolo o «reformándolo», sino de

desarrollarlo de acuerdo al análisis de unas situaciones que no son las de hace un siglo, ni siquiera cincuenta años.

COMUNISTAS Y SOCIALISTAS tenemos en común un bagaje inalienable y compartimos una misma ideología, al menos por lo que respecta a los que nos reclamamos del marxismo. Hay amarguras que se arrastran por los mayores y que remontan a los años de la guerra civil que nos son difíciles de compartir, en la medida en que son incompatibles experiencias que no se han vivido. Hemos ido, no obstante, a las fuentes, al estudio objetivo de la historia, al análisis desapasionado de hechos harto debatidos, para desgajar una verdad, o, al menos, unos conocimientos que nos permitan juzgar imparcialmente. Se dirá que es imposible el desapasionamiento, que la verdad es siempre relativa y que cada cual habla de la feria según le va en ella. Pero ¿qué interés o qué prejuicios podemos alimentar los que no hemos sido actores de la querrela fratricida, los que no pertenecemos ni a la generación del gran cisma ni a la de los hombres de la Segunda República? ¿Por qué hemos de admitir como bueno todo lo que una categoría de políticos o ideólogos afirma que lo es, y rechazar como malo lo que se condena, a menudo sin argumentos, casi siempre sin fundamento científico, basado en experiencias controvertidas, fomentando ese maniqueísmo que tanto nos repugna por haberlo sufrido bajo una dictadura contra la que nos hemos rebelado? Tenemos el derecho de reivindicar como mínimo la circunstancia de la buena fe, de la sinceridad que nos anima, y la virtud de mirar hacia el futuro, considerando al marxismo como un manual de acción y no sólo como una teoría estática. Lo descorazonador es comprobar que se sigue condenando al hermano de clase en nombre de una realidad histórica que hace mucho ha dejado de ser actual; que se sigue especulando con la teoría marxista, considerada como materia inerte, condenando como herejes a quienes intentan aplicarla, encerrándose en una especie de mesianismo estéril que lleva a aguardar indefinidamente la venida del «mesías», en este caso la revolución, y a rechazarlo como impostor cada vez que toma cuerpo en una realidad social determinada. Finalmente, acabamos preguntándonos si todos estos buenos deseos no serán al cabo más que pretextos para oponerse al advenimiento del socialismo, como esos capitalistas que, según ha escrito Bertolt Brecht, se oponen a la Unión Soviética, no porque sea un país comunista, sino, precisamente, porque ha adulterado el comunismo, porque ha traicionado la revolución, como dicen en los USA de Fidel Castro. Los hombres de mi generación observamos con la máxima reserva los buenos deseos «comunistas» y «revolucionarios» de una clase social y económica que por imperativo propio se sitúa en los antípodas de sus afirmaciones platónicas.

EL DESCONCIERTO es de rigor cuando comprobamos que una fracción de la misma clase obrera organizada, o que se pretende tal, según las latitudes y las zonas de influencia, la socialdemocracia, hace coro al mun-

do capitalista. Las coincidencias son tan turbias que no podemos por menos que decirnos que algo huele a podrido en el reino de Dinamarca. En efecto, de todos es conocido ese miedo patológico de la burguesía a la clase obrera, miedo que tiende a aminorarse a medida que el contacto es más frecuente, que por imperativos del progreso industrial y de la revolución tecnológica, disminuyen los compartimientos estancos entre clases, pero del que son testigos todavía esos holocaustos sangrientos que se llaman Comuna de París de 1871, Comuna de Asturias del 34, guerra civil de España y guerra civil griega, por no elegir más que unos ejemplos de todos conocidos. El miedo de la burguesía se ha plasmado en hecatombes de proletarios, como escribió Lissagaray, y su explicación reside en el origen de la desigualdad entre los hombres, por un lado, y en el desconocimiento recíproco, por otro. Sin embargo, también la socialdemocracia teme a la clase que pretende representar, y ese temor, si bien es natural en la burguesía, o en cierta burguesía terrateniente o capitalista, denuncia en los partidos socialdemócratas una carencia que revela su incapacidad en hacer de ellos los instrumentos de vanguardia de la emancipación obrera. A los que hemos estudiado de cerca la historia, por considerarla, junto con la economía, fundamento del socialismo científico, no nos sorprende, como parece sorprenderle a Santiago Alvarez, el estado actual en que se encuentran. En nuestros partidos no se nos permite analizar la trayectoria que ha seguido la socialdemocracia desde antes del gran cisma, porque no se quiere poner el dedo en la llaga. Pero se exige de los partidos comunistas que analicen y denuncien sus errores pasados, bajo pena de encerrarlos en un ghetto del que sólo se benefician los partidos de derecha, la clase dominante y opresora de manera general. Sin embargo, es necesario recurrir a las actas del Congreso de Tours para explicarse el estado actual de la SFIO, y remontar a Noske para comprender la evolución del partido socialdemócrata alemán. En la intervención de León Blum en el congreso de la escisión se demuestra palpablemente ese miedo a la clase obrera de que hablaba antes, cuando se opone a la acción revolucionaria, que, sin embargo, le parecía posible y con grandes posibilidades de éxito, afirmando que no se podía depositar la confianza en unas masas que un día os llevan al poder y al siguiente son capaces de arrastraros al piquete de ejecución. Con eso está dicho todo. Un partido que teme a la clase que dice representar, falla a su misión. El papel del verdadero partido revolucionario consiste precisamente en organizar esas masas, en encauzarlas y dirigir las. Cuando no es así, la dialéctica de los hechos y de las contradicciones internas de la sociedad de clases lo empuja hacia la derecha, por más que se quiera centrista, ya que, sobre todo en época de crisis, el centro resbala del lado del más fuerte.

SIN PARTIDO DE VANGUARDIA no es posible iniciar con probabilidades de éxito una coyuntura revolucionaria, y mucho menos coronarla. Incluso dentro de los límites de la legalidad burguesa, y diremos, sobre

todo entonces, el papel que debe desempeñar el partido obrero es capital. Cuando no existe dicho partido, o cuando renuncia por oportunismo a su misión, se frustra el paso de la revolución democrático-burguesa al de revolución social, y los cambios políticos que son consecuencia de la primera quedan a la merced de la contrarrevolución, como fue el caso de la Segunda República española. Hay ejemplos históricos que no deben olvidarse, y que creemos son del dominio común, en afirmación de la tesis de la necesidad del partido obrero de vanguardia. Citemos, entre otros, los de la Revolución mexicana y la Comuna de París.

EL PELIGRO que lleva en sí todo partido obrero, el reformismo, proviene de la propia clase. Esta segrega el reformismo, como algo nocivo que debe eliminarse. No entraré aquí en un análisis que sería pueril y que se prestaría a ser mal entendido, pensándose tal vez que pretendemos dar lecciones de marxismo a los que encarnan esta ideología. Al extendernos en disquisiciones de esta índole no pretendemos sino demostrar que pertenecemos a la misma familia, que compartimos la misma ideología, y que las diferencias que puedan separarnos son más bien de matiz. Quiero subrayar, no obstante, la importancia del intelectual en el seno de la clase obrera. Me vais a permitir que reivindique, por una vez y con orgullo, esta condición, tantos son los ataques que hemos de soportar por ella. La socialdemocracia es alérgica a los intelectuales, y a veces también los partidos comunistas comparten esta reprobación, tal vez por aquéllo de que todo se pega menos la hermosura. Es cierto que la costumbre del intelectual consiste en pensar, y el razonamiento conduce a la duda; que se está preparado para ello, que, de cierta manera, ésta es nuestra profesión. De ahí esas crisis de conciencia periódicas que, a menudo, dejan indiferentes a los trabajadores manuales, para los que la servidumbre de sus oficios y lo penoso de su existencia material, unido a la falta de instrucción general, producto de la injusticia social, les ahorran lo que tal vez sea un lujo para su condición. Pero nos consideramos el primer aliado objetivo del proletariado en la dura marcha hacia el socialismo y pensamos que nuestra misión es la de denunciar los peligros de la Capua reformista, velando por que la adaptación táctica de la lucha de clases a las circunstancias de la sociedad en que nos movemos no conduzca a la renuncia de los objetivos inalienables de nuestros principios. Si, a veces, hemos aparecido como la conciencia burguesa en nuestro prurito de perfección, denunciando las arbitrariedades que toda obra humana trae consigo, y que sirven de pretexto a los mastines del capitalismo para mejor oprimir a sus víctimas, pregando «generosamente» lo que les aguarda del otro lado de la barricada, también la socialdemocracia ve en nosotros los cómplices de una «bolchevización» que teme en el fondo tanto como la alta burguesía, viendo en ella una culminación de ideales a los que hace tiempo ha renunciado.

NO NOS ES POSIBLE compartir el juicio que emite Maurice Nadeau, a propósito de Elio Vittorini, sobre eso de que los intelectuales no tienen

nada que hacer en los partidos, por más revolucionarios que éstos sean. Al reivindicar la condición de intelectuales, sobre todo en unas circunstancias que nos son tan poco propicias, no nos es posible limitarnos a la profesión de testigos de nuestro tiempo, aunque también la asumamos en nuestra existencia, ni a la de caricaturistas más o menos mordaces de una burguesía que nos repugna en la medida en que la conocemos. El intelectual no es un individuo desarraigado, inconsciente de la solidaridad, pasivo ante la injusticia, sino a menudo todo lo contrario. Su sitio está al lado de la clase obrera, en los partidos que la encarnan, ya que, desgraciadamente, siendo una en tanto que clase social y económica, son varios los partidos que la representan, entretenidos en combatirse para mayor fruición de los opresores. Claro está que esto plantea el principio de la democracia interna, del derecho a la libertad de discusión, al confrontamiento de tendencias. Pero nuestro papel consiste en afirmar los derechos de la clase oprimida, en establecer puentes entre sus representantes, en dialogar y no sólo apostrofarse. Nuestra posición no es fácil, ya que las acusaciones llueven de todas partes, desde la de «perros de guardia del capitalismo» hasta la de «compañeros de ruta del comunismo». Cuando, en tanto que socialistas, sostenemos la teoría de la unidad de la clase obrera, y solicitamos que se entablen contactos con el PCE, se nos echan a la cara toda una serie de resentimientos que sus autores quisieran agobiantes. Dejado de lado el peso de la morfología y de la deformación, nos es posible admitir que los comunistas no son ese mirlo blanco de las películas de Walt Disney y que el proceso histórico de su desarrollo no ha sido tan idílico como hubiera sido de desear. Ahora que está de moda, podemos incluso insistir en que la «desestalinización» no ha sido tan completa como hubiéramos deseado, que sus secuelas se dejan sentir y redundan en perjuicio de una entente más perfecta. No obstante, sería ridículo aguardar que la propia Iglesia, fundamento e instrumento de las alienaciones más atávicas, «desdogmatizara» en la misma medida, retirando, por ejemplo, los cuerpos embalsamados de los Borgia o de Pío XII del Vaticano, para entablar un diálogo que se considera necesario. En estos tiempos, precisamente, en que Roma reivindica, con el derecho a la libertad religiosa, el nombre de Galileo y de tantos heterodoxos, abriendo grietas en su infalibilidad, lo menos que puede pensarse de los epígonos de la socialdemocracia es que han dejado de vivir con su tiempo.

CLARO ESTÁ que nos interesa el debate histórico, pero a condición de que todos lo jueguen con las cartas boca arriba. Cuando consideramos el apoyo que los partidos socialistas de la Europa occidental han prestado al capitalismo desde 1945, permitiendo su consolidación y convirtiéndose en cómplices de las agresiones del imperialismo, permítasenos preguntar si su anticomunismo no responderá más a un pretexto que a crisis de conciencia. En efecto, la toma de posición de Aragon en *L'Humanité*, a raíz de la condena de los escritores soviéticos Siniavski y Daniel, puede ser un firme

eslabón en el diálogo abierto entre la SFIO y el PCF, al considerarla, más allá de la protesta particular de su autor, como una declaración colectiva de los dirigentes de su partido. Pero, ¿cuál no tendría que ser la autocrítica de la SFIO a propósito de su actitud respecto al Plan Marshall, al pacto de la OTAN, a la política seguida en Indochina y Argelia, al golpe de Estado del 13 de mayo de 1958 por ejemplo? ¿Debía el PCF haber aguardado a que la SFIO condenara la agresión incalificable de que es víctima el pueblo del Vietnam, con la misma energía que ha utilizado Aragon en un caso cuyo alcance podría subestimarse, si lo comparamos con el genocidio de todo un pueblo?

NOSOTROS ARRASTRAMOS la misma hipoteca de compromisos, claudicaciones y renunciaciones que es común a toda la socialdemocracia, con la agravante de que tenemos planteado nuestro propio problema y que a él debiéramos dedicar nuestros esfuerzos, nuestras ansias, nuestra energía, sin menoscabo alguno. Los problemas de la lucha emancipadora de los pueblos oprimidos trascienden al primer plano de nuestras preocupaciones, puesto que el nuestro no escapa tampoco a esta condición. La libertad y la dignidad del hombre son conceptos indivisibles y nosotros proclamamos que no pueden coexistir en ningún país, mientras sigan siendo holladas en otro, por alejado, minúsculo o extraño que nos parezca. La solidaridad internacional así entendida puede permitirnos exigirla recíprocamente.

ANTE LA ALTERNATIVA que se presenta a nuestro país, después de más de un cuarto de siglo de dictadura, la unión de toda la izquierda española se impone como condición necesaria, si no suficiente, al triunfo de una solución democrática. Conscientes de nuestras responsabilidades, hemos llegado a la conclusión de que no existe alternativa democrática sin el aporte del PCE. La burguesía monopolista española tiene el mayor interés en no hacer viable este nuevo frente popular con una base obrera unida. La propia prensa franquista es incapaz de guardar la discreción de rigor y, así por ejemplo, con ocasión de las pasadas elecciones presidenciales francesas, ante la unión de toda la izquierda en la persona del candidato Mitterrand, escribía que «es de mal augurio que socialistas, radicales y comunistas vuelvan a andar juntos». En efecto, es de mal augurio, pero no para la izquierda, como parecen hacernos creer algunos socialdemócratas que coinciden peligrosamente con los portavoces del régimen español actual, sino para la derecha anacrónica y de reminiscencias fascistas. Este toque de alarma bastaría para que les cayeran las cataratas de los ojos a quienes de buena fe siguen haciendo el juego de la dictadura franquista. Hemos comprobado, no obstante, que la estática del exilio es tan pronunciada, tan enorme su desfase de la actualidad histórica de nuestro país, tan poderosos los intereses creados de que dependen y por los que sobreviven, de espaldas a su pueblo y al porvenir, que nuestra fuerza radica básicamente en el interior. La unidad de acción viene de allí, la her-

mandad en un combate que nos es común, la dinámica necesaria al planteamiento de una solución que no se resolverá sólo con excomuniones y resoluciones de congresos prefabricados, sino llevando a la práctica ese clamor infinito que se eleva del propio país, como un canto de lucha final.

A PESAR DE QUE LOS DIRIGENTES de nuestro partido siguen contando con la ayuda del bloque capitalista para resolver el problema español, nosotros estamos convencidos de que sólo el pueblo de nuestro país es capaz de modelar su destino. No vamos a insistir en lo que es archisabido, es decir, en la carencia de las democracias capitalistas durante la guerra civil y después, en la ayuda que vienen prestando a la dictadura, en el pacto que une a ésta con los USA. Hay naufragos de la Segunda República que siguen pensando que su mejor baza consiste en dar más garantías al capitalismo internacional que el propio general Franco, y que para volver a 1931 hay que pasar por donde ha pasado el partido socialdemócrata alemán, por ejemplo. Temen que un pacto con el partido comunista los enemiste definitivamente con el Tío Sam, donde ven todavía «el arsenal de la democracia», es decir, la democracia de Chicago, de Dallas y de los Angeles, paliada con la cicatriz del vientre de Johnson. Son los nostálgicos de la OTAN y del Plan Marshall, los que sólo lamentan la miopía de las «democracias» en 1945, cuando hubieran podido instalarlos en el poder, para actuar dócilmente como mozos de estoque de las empresas del imperialismo yanqui. Los que sueñan con una solución del caso español a lo Caramanlis, confundiendo la democracia real con una democracia policiaca, o, en el mejor de los casos, según el modelo italiano, conformándose con una democracia aparente. Los que hoy, después del accidente de Cuevas de Almanzora, denuncian los riesgos de la colusión franquista con los USA, y en 1950 votaban una resolución proclamando la sumisión de una España libre a la OTAN. La inconsciencia de estos hombres, los amigos del Dr. Erler, «embajador» de la socialdemocracia ante Franco y Solís, sólo puede explicarse por la dependencia económica de que son objeto, dependencia que quisieran extender a nuestro país, más allá de los límites de lo que ha sido durante la dictadura, a expensas del partido comunista. ¿Cómo quieren justificarse ante nosotros, los socialistas de la base, pretendiendo convencernos de que el PC defiende los intereses de una potencia extranjera, cuando tenemos ante nosotros los ejemplos de Brandt, de Spaak, de Mollet, de Saragat, de Wilson?

ENTRE LOS PUNTOS TACTICOS que aceptamos del PCE está el de la unidad de acción con vistas a instalar una democracia económica en España, sin la que es ilusorio hablar de democracia política. Con más sentido de la realidad que otros partidos, el PCE comprende que tampoco es posible volver al esquema de la Segunda República. No sólo han transcurrido 30 años, o 35 desde su advenimiento, sino que ha sido un periodo en que todo se ha acelerado de tal manera que se nos presenta tan anacrónico como el cine mudo. A pesar de la peste fascista y de la dictadura

despiadada que hemos padecido, la mentalidad de nuestros compatriotas ha progresado a ritmo acelerado. Por lo demás, se trata de un fenómeno común al resto del mundo. Si es verdad que en regiones como el sur de Italia y de España, hay gentes que viven todavía en las condiciones de indigencia que se dan en algunos puntos del continente latinoamericano y de Asia, no lo es menos que la concentración del capital y del desarrollo económico han creado las condiciones de un proletariado de vanguardia que antes del 36 no se conocían, o se limitaban sólo a algunos focos industriales de Asturias, Euzkadi y Cataluña. Frente a la mentalidad feudal de la clase terrateniente y latifundista, burguesía de carácter económico sin otra ideología que la del continuismo, se ha ido creando otra burguesía más liberal, emparentada con la de Europa, de carácter ideológico. Entre una y otra, han surgido grupos de origen dominante que cada vez toman más conciencia de la realidad social existente, y la condenan, abriéndose a la cooperación con los trabajadores industriales y los campesinos, cimentando una unidad de acción que se extiende como mancha de aceite. Exceptuando los grupos dominantes procedentes del latifundismo y del capital monopolista, que ven en el comunismo una amenaza directa para sus intereses injustificables, el resto no se siente animado del menor anticomunismo, haciéndose incluso a la idea de que no sólo habrá que contarse con el PCE para la reconstrucción nacional, sino que convendrá que participe en las tareas de gobierno. No hablemos de la clase trabajadora en su conjunto, de los intelectuales del país, y hasta de otras capas de la sociedad, que arrastran un marxismo congénito o intuitivo y para quienes el comunismo es sinónimo de justicia social y liberación. La responsabilidad que le incumbe al PCE es grande, y aunque de nosotros depende en parte que pueda desarrollarla, integrándolo a la gran empresa democrática que se acerca, de él depende sobre todo que no nos sintamos defraudados, o bien porque se integre complacido en unas facilidades que le expongan a desarmarlo ideológicamente, adaptándose largamente a la democracia burguesa, como ha pasado con la socialdemocracia, o porque se erice ásperamente en un momento determinado, al calor de acontecimientos exteriores que le lleven a adaptar su táctica a una estrategia general que no convenga enteramente a la marcha de nuestro país hacia el socialismo.

NO TEMEMOS LOS REPROCHES que puedan venir de nuestro propio partido, por el hecho de entablar este diálogo indispensable. Sabemos que respondemos a una esperanza ampliamente compartida por nuestros compañeros del interior. Sabemos también que el aparato del exilio no permite la expresión de su base, ni que ésta se plantee los problemas que a todos nos incumben, por miedo a perder el apoyo económico de quienes actúan como los mejores aliados del capitalismo y desearían para España una solución a la medida de sus intereses, aunque para ello tengan que imitar al franquismo con eso de los pasaportes «válidos para todos los países, menos para la URSS y satélites». Pero sabemos, por encima de

todas las cosas, que lo que está en causa son los intereses supremos de nuestro país y de la clase que hemos adoptado como propia. Frente a este derecho natural, el derecho positivo pierde sus arrogaciones.

DE ESPAÑA nos llega el clamor incesante de una lucha que sólo terminará con su liberación. Sería criminal permanecer con los brazos cruzados, dividiendo en vez de consolidar lo que desde allí viene ya unido, sabotando lo que la clase obrera y campesina de nuestro país está forjando con su piel, su sangre, su sudor y su arrojo. Sería bonito que mientras sesteamos amaneciera el día más allá de los Pirineos, y nos encontráramos con que el sacrificio de todo un pueblo ha sido vano, una vez más, porque Wall Street y la CIA han llegado a tiempo de imponernos una «democracia» como la de Batista o Trujillo, la de Sygmann Rhee o Diem, y ello con el beneplácito, activo o pasivo, de quienes se califican de socialistas.

LAS NOTAS CRITICAS de Santiago Alvarez no nos han revelado nada que no conociéramos. A pesar de la carencia que subrayan, el PCE ha expuesto un planteamiento del problema español con el que se coincidirá más o menos ampliamente, o no se coincidirá del todo. Pero el esfuerzo de análisis y de síntesis que se contiene en el libro de su Secretario general, exige un recíproco esfuerzo por parte de los restantes partidos españoles de izquierda. Al conocer que los directivos del PSOE, después de haberlo recibido, siguen aferrados a unos procedimientos que ya nadie justifica, nos incumbe a nosotros, los socialistas de la base, reanudar el diálogo. A partir de esta toma de contacto, nos será posible decirles a los comunistas españoles lo que pensamos del citado ensayo, sabiendo que nos anima un ideal común, y que las críticas que existan son el producto de unas mismas inquietudes, y que están en función de una estrategia de lucha obrera que quisiéramos que llegara a ser el denominador común de todas las fuerzas obreras y socialistas de nuestro país.

DOCUMENTO 2

**Artículo anónimo publicado en *Le Socialiste*
(Nº. 250, 20 oct. 1966) contra José Cardona**

***Los discípulos de Soebel* POR LA INJURIA A LA "UNIDAD"**

Rara vez en nuestras columnas se responde a los ataques permanentes que el P.C., llamado español, nos dedica con proverbial preferencia.

La coyuntura no debía ser propicia a tales ataques si realmente el P.C. fuera un partido obrero y antifranquista.

De manera circunstancial, algunas personalidades políticas o sindicales se complacen en imitar al P. C.

Ni a unos ni a otros se replica. Y no por falta de argumentos, sino por sobra de dignidad y, alguna vez, por mero desprecio.

No es un secreto para nadie que en nuestra Redacción se han recibido documentos de disidentes del P. C., con ruego de publicación, sin que hayamos complacido a quienes acusaban duramente con argumentos por nosotros olvidados de puro sabidos, pero que tenían el mérito de ser producto de una larguísima experiencia personal.

Nuestro ánimo está tenso contra los liberticidas españoles en activo y a ello se debe nuestro silencio respecto a los liberticidas en potencia y a los imbéciles que les hacen el coro. Prioridad lógica mientras no se nos tome por el pitó del sereno.

Y ese es el caso con el último ataque injurioso que nos dedican, con refinada hipocresía, en el número 47 de *Nuestra Bandera*, «revista teórica y política del Partido Comunista de España», en un artículo titulado «La crisis de la socialdemocracia».

Perdida en farragoso texto encontramos esta frase: «Pero nuestro papel consiste en afirmar los derechos de la clase oprimida, en establecer puentes entre sus representantes, en dialogar y no sólo apostrofarse».

Dejando a un lado lo que el comienzo de la frase revela como paternalismo o aire protector, es decir, un desconocimiento completo del marxismo, tomamos como piedra de toque las últimas palabras: «... en dialogar y no sólo apostrofarse».

Y el paradigma de diálogo sin apóstrofes, ya en sus primeras líneas nos dice:

«Sólo el desfase de que dan pruebas unos hombres *que sobrepoman su egoísmo personal* a los intereses legítimos de la clase trabajadora española y de su propio país, puede explicar, sin justificarla, la ceguera que les anima al rehusar todo contacto con un partido que, quiérase o no, representa las aspiraciones de amplio sector de la misma clase...»

«Cuando estamos cansados, más que acostumbrados, de oír los reproches estériles que sigue alimentando un sector del exilio, *identificándose por la fuerza de las cosas, con la causa de los opresores*».

«Es decir, que los partidos socialistas, *de no haber caído en el reformismo, de no haber renunciado al principio marxista de la lucha de clases, de no haberse adaptado al capitalismo nacional, de no haberse convertido en aliados objetivos del capitalismo internacional...*»

«La socialdemocracia hace coro al mundo capitalista. Las coincidencias (entre socialdemocracia y el capitalismo) son tan turbias que no podemos por menos de decirnos que algo huele a podrido en el reino de Dinamarca».

«También la socialdemocracia teme a la clase que pretende representar».

«En nuestros partidos (en los partidos socialistas), no se nos permite analizar la trayectoria que ha seguido la socialdemocracia desde antes del gran cisma».

«Cuando consideramos el apoyo que los partidos socialistas de la Europa occidental han prestado al capitalismo desde 1945, permitiendo su consolidación y convirtiéndose en cómplices de las agresiones del imperialismo...»

«Nosotros (los socialistas) arrastramos la misma hipoteca de compromisos, claudicaciones y renunciaciones que es común a toda la socialdemocracia, con la agravante de que tenemos planteado nuestro propio problema».

«A pesar de que los dirigentes de nuestro partido (el socialista) siguen contando con la ayuda del bloque capitalista para resolver el problema español».

«¿Cómo quieren justificarse ante nosotros, los socialistas de la base, pretendiendo convencernos de que el P. C. defiende los intereses de una potencia extranjera, cuando tenemos ante nosotros los ejemplos de Brandt, de Spaak, de Mollet, de Saragat, de Wilson?»

«Sabemos también que el aparato del exilio no permite la expresión de su base, ni que ésta se plantee los problemas que a todos nos incumben, por miedo a perder el apoyo económico de quienes actúan como los mejores aliados del capitalismo».

No, compañeros, este florilegio de insidias, calumnias, estúpidos insultos no está recogido de viejas publicaciones. Toda esa panoplia del más exasperante stalinismo ha sido esgrimida muy recientemente por el órgano teórico del P. C., quien hace compatible sus llamamientos "unitarios", sus protestas de buena fe, sinceridad y fraternidad, con intentar volcar a nuestra puerta volquetes de cieno. Es el eterno doble juego, es la supervivencia de la doblez monstruosa de Stalin, que asfixia hipócritamente a la República Española para preparar su acoplamiento con Hitler. Traición que tantos millones de muertos costó al proletariado ruso; traición que fue clamorosamente aprobada por quienes nos ofrecen su fraternal colaboración al mismo tiempo que nos asesten puñaladas como la que comentamos. Toda la historia del "comunismo" está nutrida de odio visceral al socia-

lismo y a los socialistas, pues los autócratas rusos saben que su peor enemigo es la libertad. Es natural que los dictadores de todo jaez, capitalistas clásicos o neocapitalistas soviéticos, consideren como primordial quehacer asesinar a los socialistas y al socialismo moralmente, en la calumnia, y físicamente cuando se les presenta la ocasión.

La hipocresía refinada del ataque imbécil que comentamos (ataque que confirma que el P.C. escribe para retrasados mentales) consiste en haber encargado la sucia faena a *José Cardona* que, aunque parezca mentira, lleva en el bolsillo el carnet de nuestro Partido.

¿Qué cómo es posible que alguien que cree que los socialistas somos unos traidores y los partidos socialistas instrumento del capitalismo más reaccionario, siga llamándose socialista? Quizás porque *Cardona* sea masoquista; quizás porque quiere ingresar en el P.C., como muchos de sus dirigentes actuales, con la cédula de la traición en la mano; quizás por ser un "submarino" que acaba de sacar su periscopio.

Sea lo que fuere, después de ese desdichado amasijo de impropiedades históricas, de esa cochura para tontilocos, *Cardona* ha debido rasgar el carnet que lleva en el bolsillo. Lo contrario sería tanto como merecer el desprecio universal.

¿Es concebible que alguien al descubrir que su mujer se ha prostituido con el capitalista de la esquina y denuncia la traición públicamente, siga cohabitando con ella y se siente en el umbral de su casa para acariciarse complacientemente los cuernos?

En estos días la agencia "Nueva China" ha publicado que treinta guardias rojos de Manchuria llegaron a Pekín para iniciarse en los principios maoistas de la gran revolución "cultural" china, se han hecho privaderos (limpiadores de pozos negros), habiendo relizado todas las operaciones que comporta esta profesión bajo las directivas de *Shih Chuangh-siang*, "privadero modelo de toda la China". Antes de acompañarlos en su recorrido en la ciudad, el pocero *Shih* explicó a los guardias rojos la importancia de la tarea que debían hacer, diciéndoles: «Vaciando las letrinas, no solamente nos ayudáis en un trabajo de limpieza sino asimismo a desraizar al capitalismo y al revisionismo, que debemos extirpar de todos los rincones oscuros de nuestro país. El trabajo de los guardias rojos dio tal satisfacción al pocero emérito, privadero con privanza maoista, que los felicitó con estas palabras: «Sois en verdad buenos combatientes revolucionarios educados en el espíritu del pensamiento de *Mao Tse-tung*».

Cardona ha hecho, ni más ni menos, de guardia rojo, aprendiz de pocero, recolectando excrementos "dialécticos" en las letrinas del stalinismo, y revolcándose en ellos con extraña y repugnante delectación.

Son esos efluvios stalinistas los que siguen embriagando a los llamados comunistas españoles. Buen provecho les hagan.

Pero es hora ya de que cesen en su juego turbio de descrédito, de insultos, calumnias y venenosos improperios que solamente a Franco y a lo que representa favorecen. Y si no cesan habrá llegado el momento de devolver golpe por golpe, pues, en fin de cuentas, no tenemos por qué tener consideraciones con nuestros enemigos de clase.

DOCUMENTO 3

Carta de Carlos Hernández Zancajo a José Cardona

29 de diciembre de 1966

Estimado amigo y compañero:

En el número correspondiente de *Le Socialiste*, hemos leído un violento comentario, escrito sin duda, por la dirección política (?) de Toulouse contra un artículo de usted que buscamos y conseguimos.

Lo leímos atentamente un grupo de amigos, casi todos marginados por la política de "excomuniones y de Congresos prefabricados" conforme a la reaccionaria ideología de un pasado anclado en los años de 1930.

Lamentamos en primer lugar no tener el debido contacto en cuanto se refiere al moderno pensamiento del socialismo contemporáneo con quienes, como lo que usted representa, pugna por modernizar formas arcaicas que se vienen imponiendo a los afiliados de manera inquisitorial. Es necesario una relación mayor entre todos cuantos somos teoría y acción en el mundo socialista español. Pero para poder comprender el por qué de la degeneración de unos principios socialistas que, en sus orígenes eran claros y concretos sin confusión de ningún género, podemos recordar las declaraciones de Pablo Iglesias hechas en las Cortes de 1909. "El Partido que yo represento —afirmó— aspira a concluir con todos los antagonismos sociales y lleva consigo la supresión de la Magistratura, de la Iglesia y del Ejército..."

La degeneración socialista de Toulouse en el exilio eludiendo la formulación de los principios básicos que constituyen la sustancia revolucionaria de nuestro Partido, no lo está a tontas ni a locas. Fue el resultado de una premeditación realizada por el prietismo mediante uno de sus acostumbrados golpes de mano. Su constitución nació viciada y hasta el propio L. Caballero tuvo sus dudas acerca de su legitimidad. Las vacilaciones en la conducta, el aplastamiento de los grupos correspondientes a las viejas juventudes socialistas, la liquidación de los elementos de la izquierda del Partido, permitió que en el seno del Comité Director se albergaran elementos de dudosa reputación, uno de los cuales tiene abierto, en la Agrupación Socialista Madrileña, un expediente por traidor.

En el orden internacional la política de Toulouse es igualmente reaccionaria. En su interpretación de principios, en sus actividades directivas, en sus relaciones de clase, así como en la interpretación histórica de los acontecimientos políticos de nuestro país, toda la conducta de Toulouse constituye una profunda declinación hacia contactos con las fuerzas de la derecha española, realizadas no tan solo por una ley atractiva, sino tam-

bién por una identificación instintiva, de mentalidad pequeño-burguesa, ausente de toda preocupación revolucionaria.

Estas desviaciones se nos quieren imponer como política "oficial" del PSOE y son todo un trágala que no responde, ni mucho menos, a resoluciones establecidas nacionalmente, derivadas de una tradición histórica y que, hoy en día, aún están por definir.

Confundir una dirección circunstancial, minimizada y ayuna de cuanto se refiere a los principios generales del Partido, así como a la interpretación y cumplimiento de lo que determinan sus Estatutos, no es otra cosa que una brillante demostración de la incapacidad política que anima a quienes han confundido un Partido de clase con una organización de bolsillo. El aspecto catastrófico de esta actitud está conduciendo al desgarramiento de nuestro Partido, cuya dualidad orgánica está avanzando dolorosamente en el interior de España.

Ciertamente querido amigo Cardona, toda la historia del binomio de Toulouse en la emigración es una magnífica expresión de estática, en la que jamás se ha distinguido por un análisis, más o menos sobresaliente, sobre las condiciones contradictorias del franquismo en orden a su desarrollo y a las fuerzas determinantes que lo impulsan. Nada importante sobre las condiciones económicas del Régimen, ni nada tampoco sobre la evolución de las fuerzas obreras con la transformación económica desde un pasado semi-feudal a un cambio masivo por causa de la penetración de un capitalismo colonial. El examen de la correlación de grupos en orden a las consecuencias de la guerra civil, cuya capitalización comienza a florecer, pese a los estigmatizadores de la resistencia armada, han sido completamente ignoradas, a cambio de una crítica abstracta y rutinaria encuadrada en un pobre oportunismo, "carente de principios, desarrollando una actividad de corto alcance para tratar de obtener objetivos limitados". Ello confronta, naturalmente, que si en su origen y constitución, la actividad predominante de Toulouse, adquiere unas características reaccionarias, se huya de cuando constituya una radicalización contra la tiranía dominante en España y se adopte un programa de afinidades internacionales, conocido por socialdemocracia, en la que toda promesa de carácter revolucionario queda detenida en el infranqueable muro de la dominación burguesa donde se advierta la misma leyenda que la que Virgilio mostró al Dante antes de traspasar los umbrales del Infierno.

El binomio de Toulouse ha externado repetidas veces la inexistencia de diferencias ideológicas con otros grupos socialistas, de los que solamente dice separarles una condición ética. Efectivamente, esta diferencia ética se manifiesta ya contra Toulouse, cuando deliberadamente oculta con perversidad la profunda discrepancia ideológica. Nada tiene de particular que muchos compañeros al margen de esta polémica socialista, que el binomio tiene buen cuidado de escamotear, se pregunte por qué y sobre qué.

Teniendo presente que hay un número considerable de militantes so-

cialistas fuera de la organización de Toulouse, en mayor cantidad que dentro, de su disciplina, debe ser por algún motivo y no por cualquier circunstancia a las que el binomio juzga frívolamente. Tomemos como ejemplo el caso de México. Esta Sección de fundación y tradición prietista ha impedido por todos los medios a su alcance que la dirección política salga jamás de sus manos, evitando que de otra manera se planteara la investigación de ciertas responsabilidades en una zona profundamente económica y de dimensión desconocida. En una titánica lucha defensiva y haciendo uso nuevamente, del proverbial golpe de mano, el prietismo sepultó *Adelante* antes que perder su control. Durante toda la historia de nuestra emigración, el prietismo ha sido el factor decisivo de la política de Toulouse, a la que este se sometió dócilmente hasta fundirse con ella. Sus epígonos, al estilo franquista, siguen impidiendo toda sucesión que no sea la de ellos mismos. De aquí que el prietismo actual, nodriza de Toulouse, haya degenerado en un fuerte grupo de propietarios y capitalistas, creadores de una dirección reaccionaria, reflejo de su propia condición por virtud de la cual ha otorgado consustancialmente la dirección "socialista" a un multimillonario a quien la prensa de esta ciudad distingue como "conocido hombre de negocios".

¿No es lógico, mi querido amigo Cardona, que en orden a una fiel interpretación marxista, no es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia social, sino por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia? ¿Qué duda cabe que las concepciones ideológicas de Toulouse, ya de por sí reaccionarias, están saturadas de influencias netamente capitalistas en las que predominan —naturalmente— diferencias éticas, en desacuerdo completo con el verdadero pensamiento socialista? Pero no se trata, por ahora, de seguir profundizando sobre un tema apenas despuntado y que aquí, en México, como en España y supongo que también, ahí, en Europa, ha conseguido interesar a verdaderos socialistas, carne de carne socialista, descendientes muchos de nosotros de militantes de la vieja guardia socialista, algunos de ellos fundadores del PSOE.

El problema planteado en su artículo sigue en pie. El PSOE, cuya semilla sigue soterrada en las tierras españolas, constituye un rico venero en doctrina y acción a favor de la causa obrera. En sus ricas tierras han espidado todos los que tienen sus trojes vacías. Por ello y en vista de la importancia de su artículo, hemos resuelto editarle y difundirle, para buscar la coordinación a través de las diversas interpretaciones sobre el difícil periodo que atravesamos en medio de la fría indiferencia internacional, salvo México, sobre cuya ayuda debemos olvidar toda esperanza. Tenemos que reorganizarnos nosotros mismos y construir nuestra propia fe. No podemos aceptar tampoco la torpe disyuntiva de Toulouse de someternos a su despotismo o ser expulsados. Toulouse odia la dialéctica porque, consciente de su ignorancia, la teme como a una trampa, y así,

pateando sus propias contradicciones se hunde irremisiblemente, como si estuviera en un pantano.

Esperamos de usted que su bien fundado criterio sea uno de los determinantes en aglutinar el pensamiento vivo de carácter marxista y consigamos hacer rectificar la desdichada política de Toulouse orientada hacia la derecha con aquellos grupos que en su día fueron fervorosamente franquistas y que si hoy están contra el tirano, no lo están contra el Régimen que él representa.

La primitiva crueldad del franquismo no recomienda ninguna amenaza a base de la legalidad. Sin perjuicio de las alianzas circunstanciales que la estrategia combativa aconseje, recuérdese que nuestra condición de clase obrera debe condicionar nuestra alianza hacia la izquierda, robusteciendo nuestros cuadros y fortaleciendo su dirección. Rehusar esta actitud por la triste experiencia del pasado no tiene más que dos interpretaciones: o una capitulación hacia la derecha o una incapacidad política para con la izquierda.

Querido amigo, salvemos al PSOE.

En la seguridad de que este primer contacto entre nosotros, los de América y los de Europa, no sea interrumpido sino ampliado y mejorado, me es muy grato ofrecerme cordialmente suyo y de la causa socialista.

Carlos Hernández Zancajo.

DOCUMENTO 4

Contestación de José Cardona a Carlos Hernández Zancajo

Ginebra, 8 de enero de 1967

Co. Carlos Hernández Zancajo
Av. Latacunga, 788
México 14, D.F.

Estimado amigo y compañero:

Le agradezco su carta del 29 del pasado diciembre, que me apresuro a contestar, aunque no con la amplitud que merece y que desearía, dado el trabajo y las ocupaciones que por el momento me embargan.

Me cabe manifestarle mi más completo acuerdo con cuanto dice y mi deseo de entablar con Uds., una estrecha cooperación que permita afirmarse en el seno de nuestras organizaciones, partido y Unión General, una izquierda dinámica que recoja lo mejor de su espíritu combativo tradicional y que se abra al presente y al futuro.

Me alegra su decisión de imprimir mi artículo, ya que creo que es a partir de una toma de conciencia y de una crítica actual como mejor puede erigirse la plataforma necesaria a abrirse camino en el proceso histórico presente. Al estarme cerradas todas las puertas en el seno del equipo dirigente de Toulouse, que actúa según las tradiciones de la más retrógrada inquisición, impidiendo, ahogando y cerrándose a todo debate interior, a toda polémica, a todo criticismo, y, por consiguiente, a la más mínima veleidad de expresión y de debate, me decidí a romper el muro del silencio, publicando el artículo en *NB*. No ignoraba los inconvenientes a que ello daría lugar, ni los riesgos que iban a amenazarme, tanto de carácter profesional como político, pero el seguir callando hubiera significado convertirme en cómplice de la dimisión de una dirección política (por llamarla de algún modo) que está acabando con el PSOE y que parece dispuesta a desaparecer física y moralmente con el partido, antes de que se le escurra de las manos. No publicar un desacuerdo tan esencial, hubiera sido, a mis ojos, plegarme a una especie de stalinismo que tanto se reprocha al PC, olvidando, por tanto, los principios imprescriptibles de nuestro partido y de cualquier otro partido socialista que no haya renunciado a ellos.

Le adjunto copia de la carta certificada que envié el 24 de octubre, al que figura oficialmente como director de *Le Socialiste*, Georges Brutelle (copia de la que, además, remití también por correo certificado a Toulouse). Le rogaría que, si les parece bien, difundieran mi respuesta, ya que la llamada *CE*, después de su insulto, se niega a concederme la palabra.

Nada más por hoy, debido a la premiosidad que en estos momentos debo imponerme. Dejo, no obstante, para otro día el contestar más ampliamente a su carta, anudando lo que, de acuerdo con su sugerencia, debe ser un diálogo continuo y positivo, con vistas a establecer una plataforma de lucha obrera y socialista en España.

Fraternalmente suyo y de la causa obrera y socialista, su amigo,
José Cardona

DOCUMENTO 5

Contestación de José Cardona a *Le Socialiste*, secuestrada “democráticamente” por *Le Socialiste*

LOS EPIGONOS ANONIMOS DE NOSKE

Sr. Georges Brutelle
Director de *Le Socialiste*
12, Cité Malesherbes
París (19).

Señor Director:

En su número del jueves día 20 de octubre de 1966, un artículo anónimo publicado en última página de *Le Socialiste* me pone en entredicho, levantando contra mí unas acusaciones que recuerdan demasiado los métodos empleados por el fascismo para que las deje pasar sin respuesta. Recorro, por consiguiente, al elemental derecho de respuesta que me concede la legislación vigente en su país, solicitando de Ud., la inserción de esta réplica en el primer número de dicho semanario, *Le Socialiste*, que Ud. dirige, y en el mismo sitio y los mismos caracteres que el artículo en que se me ataca, titulado “Por la injuria a la unidad”.

El anónimo epígono de Noske que así me ataca ha dejado pasar más de seis meses entre su paletada de cieno y la publicación del artículo que me recrimina. La primera constatación que me cabe es subrayar el valor moral de que hace gala, al refugiarse detrás del *anonimato*. La segunda, poner de relieve la coincidencia entre los procedimientos que emplea y los que viene empleando el fascismo. En efecto, es sabido que, publicando un texto determinado, truncándolo y recosiéndolo a capricho, puede falsearse su contenido. El régimen español actual ha recurrido a este procedimiento en diversas ocasiones, por ejemplo, con ocasión de presentar al público español el libro de Madariaga sobre España. Los propios responsables de Toulouse lo denunciaron en las páginas de *Le Socialiste*, arguyendo que el texto así mutilado les perjudicaba y falseaba el contenido del texto original.

Por otra parte, el procedimiento normal a seguir, tratándose, como es mi caso, de un afiliado al partido socialista, consistía en aplicar los estatutos de la organización, es decir, en dirigirse antes que nada a la sección del partido a la que pertenezco, para que constituyera la debida comisión local de conflictos y me abriera expediente, cursándolo a continuación ante la Comisión Nacional de Conflictos del PSOE, que se nombra en cada congreso y cuya misión consiste especialmente en zanjar estos casos. En lugar de seguir la vía reglamentaria, la dirección de Toulouse recurrió,

para empezar, a una infamia: la *denuncia*. Hace cuatro meses que, sin referirse a la sección a que pertenezco, ni a la Comisión Nacional de Conflictos, se envió una carta a mi empleador, con fotocopia del artículo recriminado. Un mes después, y al no obtener respuesta de mi empleador, que consideré el procedimiento como infamante, se me denunció de nuevo, esta vez en francés, por si había dudas, y añadiendo la calumnia a la infamia. Sin embargo, no se obtuvo respuesta tampoco, y los "caballeros" socialdemócratas de Toulouse se encontraron con las manos en los bolsillos. Es entonces cuando recurren a las páginas de *Le Socialiste*, ignorando que se trata de un periódico publicado en Francia, o sea, en un Estado de derecho, en donde están sometidos a las leyes del mismo, tanto en lo que atañe a las injurias de que se hagan autores, como a la legislación sobre la prensa.

Contrariamente al deseo piadoso expresado en el artículo en cuestión, conservo mi carnet de afiliado al partido socialista, y las responsabilidades que en el mismo ocupó. No sé por qué motivos tendría que deshacerme de él cuando mis mayores y superiores, que son quienes debieran darme el ejemplo, tampoco lo han roto, a pesar de la tradición de los Noske, Henri de Mann, Rivière y Février, y otros Erler. Precisamente, en el artículo que se me recrimina hablo de este último, al que califico de "embajador" de la socialdemocracia ante Franco y Solís. Es bien sabido que dicho individuo ocupa altas funciones en el seno del SPD alemán y de la Internacional Socialista. Sin embargo, se me acusa de haberlo subrayado en el citado artículo, cuando a quien debiera acusarse es al propio Erler, es decir, al "compañero" que no tiene el menor inconveniente en almorzar con el Goebels español y correr inmediatamente después a estrechar las manos de los hombres que se llaman sus correligionarios.

Queda, por último, ya que quiero ser breve, para no abusar de su amabilidad, señor director de *Le Socialiste*, queda un punto a dilucidar. Si he recurrido al órgano de un partido obrero clandestino para publicar mi artículo, y no a las páginas de *Le Socialiste*, ha sido sencillamente porque éste está en manos de un equipo que interpreta a las mil maravillas el papel de Santo Oficio. Es decir, ante la imposibilidad de hacerme oír en el seno de mi propio partido, y para tener la ocasión de abrir un debate interno. Dejaré de lado el hecho de que socialistas mucho más consecuentes que los comparsas de la NATO, como el respetado Lelio Basso, han participado en debates abiertos por el PCI en las páginas de *Rinascita*, sin que se les cayeran los anillos del dedo.

Instaladas confortablemente en el exilio de Toulouse, y gozando de los derechos hospitalarios de un país como Francia, las plañideras cardíacas que han creído alcanzarme con las paletadas de barro contenidas en su acusación anónima no han hecho más que desahuciarse un poco más todavía. Es cierto que no hay nada ya que les detenga, ni la denuncia ni la esquizofrenia. Quizás se trate de gajes del oficio, de la última bilis

amarga de quienes llevan largos años llorando como mujeres lo que no fueron capaces de defender como hombres. Inútil intentar adivinar quién puede ser el autor del anónimo. Puede que se trate de alguno de esos "resistentes" de la última hora a quienes se encontró, cuando la liberación de Toulouse, debajo de la cama. O quizá de alguno de esos veteranos socialdemócratas que, después de haber enviado a un general de Franco, la carta bien conocida que empezaba así: "Mi general y amigo", convenciéndole para que se sumara a la nave tolosana, no han tenido ningún escrúpulo en convertir a sus propios hijos en soldados de la NATO, al servicio del imperialismo norteamericano.

En todo caso, les deseo buena suerte, y no lo hago guiado por unos sentimientos cristianos en los que no creo, sino por pura conmiseración. Ni representan nada en España, ni encarnan nada en el extranjero. Son los restos de un naufragio penoso que han terminado sus días viviendo de la limosna ajena.

Firmado: José Cardona